

MIRAR A LOS OJOS

por Francisco-Manuel Nácher

¿Os habéis dado cuenta de cuán poca gente se mira a los ojos al hablar? Cuando habla, la gente suele mirar el rostro o la frente o la nariz o la boca de su interlocutor, pero rara vez sus ojos. Parece dar un poco de miedo o de reparo o, incluso, de respeto. Por otra parte, la mirada de otros ojos fijos en los nuestros nos resulta incómoda, molesta, como si pretendiese escudriñar nuestro interior sin ningún derecho a hacerlo.

¿Por qué? Los ojos transmiten una fuerza magnética, la fuerza rectora de cada espíritu. De modo que, si el espíritu se sabe limpio, armonizado y positivo, no tiene inconveniente en mirar a los ojos de nadie ni de que le miren a los suyos. En ese caso, se establecerá entre los dos espíritus una armonización que, de otro modo, sería muy difícil de obtener.

Tengamos en cuenta que los Hermanos Mayores, cuando realizan determinados ritos colectivos para evocar potentes energías, que hacen necesaria la máxima armonización entre ellos, pasan varios minutos antes mirándose, entre sí, fijamente, a los ojos.

Los únicos, aparte de los Hermanos Mayores que, no sólo no se sienten molestos al mirarse a los ojos, sino que lo buscan y lo practican con fruición, son los enamorados. Sencillamente, porque su amor es sincero, no tienen nada que ocultarse y sí mucho que mostrar y, de modo inconsciente, pretenden obtener la máxima armonización entre sus dos espíritus.

Por eso, cuando una persona desvía habitualmente su mirada al saludar o al hablar con los demás, y no resiste que le miren a los ojos, está proclamando que algo en su interior, no limpio, no puro, no exhibible, trata de disimularse y de permanecer oculto y pasar desapercibido.

Procuremos, pues ser, en todo momento, capaces de mirar a los ojos de nuestro interlocutor y de soportar su mirada en los nuestros, al tiempo que le enviamos nuestro amor, nuestra amistad y nuestra comprensión y confianza. Nos irá muy bien.

* * *